

Lucas 7:36-50

Lucas 7:36-50

Es muy común que cuando viene algún dignatario o persona importante a un pueblo, la gente principal lo invita a cenar. Ésta es una regla de la hospitalidad en nuestros días. La situación en los días de Cristo no era muy diferente, excepto que la hospitalidad y generosidad fue aun mucho más un deber en sus días.

En una ciudad no nombrada en la Escritura Jesús estaba cumpliendo su ministerio como maestro religioso visitante, y como con cualquiera que tenía cierta reputación, era muy natural que uno de los personajes más importantes de la ciudad lo invitara a cenar también. Eso no quiere decir que el anfitrión necesariamente tenía algún interés extraordinario en las enseñanzas y pretensiones de Cristo, y el texto tampoco indica que esto sea el caso. Al contrario, parece que Simón el fariseo ya había opinado negativamente sobre Cristo, y que muy probablemente le hubiera gustado confirmar esta reacción negativa a Cristo.

Jesús fue invitado por este hombre, y aceptó su invitación. Pero mientras estaba allí otro huésped no invitado entró, y es tanto en ella como en Simón en quien estamos interesados esta mañana, porque su presencia fue la ocasión de una lección muy importante de nuestro Salvador. En este texto Cristo nos enseña que un gran pecador, perdonado, demuestra gran amor. Usa un contraste. Demuestra primero que un fariseo pensándose justo omitió las cortesías normales a Jesús, pero segundo, que una mujer pecadora se humilló para mostrar su amor para con su Salvador.

Este fariseo, ciertamente recto en todas sus apariencias exteriores, había invitado a Jesús como huésped en su casa. Nada había que no fuera usual. Parece que este hombre acostumbraba tener huéspedes importantes. Y es evidente que para él, Jesús era uno entre muchos, nadie especial. No sería un gran honor tener a Jesús cenando en su mesa como más tarde lo sería para Zaqueo.

¿Cómo sabemos? En el cercano oriente donde había caminos polvorosos, era cortesía ordinaria y común proveer una tina de

agua para limpiar los pies del huésped y quitar la tierra. Simón lo omitió. Fue una cortesía sencilla dar el beso de amistad a un huésped. Simón lo excluyó. Hubiera ungido la cabeza de un huésped distinguido con aceite perfumado, pero tampoco lo hizo Simón. Simón, aunque había invitado a Jesús a cenar en su hogar, no consideraba a Jesús digno de tantas molestias, no para este rabí itinerante.

Pero mientras recostaban las cabezas hacia la mesa y sus pies a la pared, entró otra persona. Una mujer que no había sido invitada. No fue tan poco usual en aquel día como en el nuestro. La gente del pueblo muy frecuentemente entraba a los cuartos de las grandes fiestas para conversar con los huéspedes y divertirse con la variedad. Pero no fue usual que entrara una mujer. “Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lagrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con perfume.

No es difícil imaginar la situación. Un vistazo rápido. Sorpresa que había entrado una mujer. Una mirada más fija de desaprobación, quizás con algo de desconcierto al verla parada detrás de su huésped, renuentemente llorando. La reconocieron. Era una “pecadora”. Si su pecado había sido sólo un caso de adulterio públicamente expuesto, o sí había sido una prostituta, la palabra “pecadora” puede significar cualquiera de las dos, su reputación en aquel pueblo había sido destruida.

Pero entonces hizo algo. Empezaba a enjugar los pies de Jesús con sus cabellos, besando sus pies, ungiéndolos con perfume. Y el ambiente cambió marcadamente. Jesús estaba permitiendo todo esto.

¿No sabe? Pero por supuesto no puede saber qué tipo de mujer era ésta, o no le permitiría tocarle. La desaprobación y desdén se trasladó, cambiando la mirada uno por uno, de la mujer a Cristo mismo. Y al fin llegaron a su última conclusión, lo que en secreto Simón había pensado todo el tiempo y por la cual había esperado la confirmación. Este Jesús no era el Mesías. Ni un profeta. No era más que un rabí ordinario, como cualquiera. “Cuando vio esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: Éste, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que lo toca, que es pecadora”.

Si fuera un profeta, sabría. ¿Pero es que no sabía? "Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él respondiendo le dijo: Di Maestro. Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más?"

Las dos sumas llegaron aproximadamente a cien dólares y a diez dólares. Aunque los dos eran igualmente incapaces de pagar, Simón había llegado a la conclusión natural. A quien le había perdonado cien dólares naturalmente lo consideraría un favor y una bondad más grande, y lo apreciaría más, amaría más.

Jesús demuestra que realmente había discernido el corazón de esta mujer pecadora. La defiende. Pero noten la finura con que Jesús trata una situación difícil. Alaba a la mujer por el amor que ha mostrado, un gran amor que sale de un corazón agradecido. Pero haciéndolo sin avergonzar a su anfitrión ante sus huéspedes. Demostró que también el contenido de su corazón y de sus pensamientos secretos lo conocía. Invita a Simón a reconocer por qué, lejos de mostrar gran amor a Cristo, había omitido la cortesía y la decencia común. Le invita a reconocer que su falta de amor era sintomática de algo mucho más serio, su falta de perdón. Fue invitado a ponerse a sí mismo en el ejemplo que Jesús acababa de hablar.

¿Por qué la falta de atención? ¿Por qué la falta de cortesía? ¿Cuál era la diferencia entre él y la mujer? Fue sencillamente eso, que en su mente no necesitaba a Cristo. Tenía la ley. Vivía una vida recta. Era un modelo de buen ciudadano. Dio su apoyo a todos los buenos proyectos cívicos. Asistía muy regularmente a su iglesia. Era, a decirlo así, un buen hombre. Y no necesitaba perdón. No reconoció que su orgullo y santurronería eran tan ofensivos ante los ojos de Dios como el adulterio de esa mujer despreciada.

Este texto también nos invita a nosotros a considerar: ¿cuánto amor he mostrado yo? ¿Qué he hecho recientemente para probar mi amor hacia Cristo? ¿Es posible que no haya reconocido la oscuridad y la seriedad de mis pecados; y cuán grande es la deuda que Cristo me perdonó? ¿Hubiera yo también despreciado a esta mujer adúltera si hubiera estado en el lugar de Simón? ¿Soy sincero cuando digo: "Confieso en tu presencia que he pecado gravemente contra ti de muchísimas maneras?"

El punto de lo que está diciendo Jesús a Simón no es la magnitud de su pecado en comparación con el de la mujer, sino la conciencia del pecado, cualquier pecado. Hay muchos asesinos, ladrones y adúlteros que no ven nada mal en lo que hacen. Han pecado mucho, pero no mostrarán ningún amor genuino, porque no hay conciencia del perdón. Otro hombre estará inmensamente preocupado sobre una sola mentira que ha hecho, porque reconoce esta mentira por lo que es, una ofensa grave y seria en contra del Dios de toda verdad. Está consciente de la magnitud de este pecado, que parece tan insignificante; y al oír el mensaje de su perdón, su corazón sobresaldría con gratitud al amor y la misericordia de Dios.

Vamos a examinar un poco más a esta mujer, que entró inesperadamente a esta fiesta. Era una pecadora, y lo sabía. Lo que no sabía era dónde buscar ayuda. Podrían dársela los fariseos? El mero contacto con ella los ensuciaría, y ciertamente no ayudaría su reputación de santidad. ¿Podrían los otros líderes religiosos? La mayoría había olvidado completamente el ejemplo del rey David, el adúltero arrepentido, y solamente le hubieran dicho las maldiciones de la ley contra todo pecador, y allí le hubieran dejado en la desesperación.

Pero vino Cristo como el viento de la primavera. Dijo a la gente cargada por sus pecados: “Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. Sí, ¡vengan a mí! ¡Aprendan de mí! Mi mensaje a los cargados y preocupados por sus pecados es uno de perdón y de paz. El que a mí viene, de ninguna manera le echo fuera.

¿Podría ser realmente así? Pero así era. Había cenado con publicanos y pecadores, y ella, una pecadora, también sería recibida por él. Vino la mujer, pero al venir, vemos su renuencia. Se para detrás de Jesús, llorando, lágrimas de tristeza sobre su vida en el pasado, pero también lágrimas de esperanza, esperanza en las promesas maravillosas que oyó, que no importa cuán grandes fueran sus pecados, no la rehusaría, ni la dejaría sin consuelo.

Al fin, las dudas vencidas al acordarse de las promesas, actúa. Enjugaba los pies de Jesús con su cabello, ungía sus pies, y continuaba besándolos, acciones de la humillación completa. Pero no piensa en eso, ni de la vergüenza ante los ojos de los demás. Piensa solamente en esto, que aquí está su Salvador.

"¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!"

Y Jesús no la avergonzó. Públicamente la alabó por su acción de amor y gratitud por los pecados perdonados. ¿No conocía Jesús el corazón de esta mujer? Fue porque vio un corazón arrepentido de sus pecados, y lleno de fe en sus promesas, que la recibió como lo hizo. Y aun más, dijo a Simón que en su mero amor debe ver la evidencia de que sus pecados fueron perdonados. "Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama. Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados". ¿Era Jesús un profeta? Sí, y más que un profeta. Un Salvador. "Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, ve en paz".

Creía, se le perdonó todo. En su gratitud mostraba su amor. Las promesas que hizo Jesús a esta mujer, también las hace a nosotros. Los pecados de ella eran muchos. ¿No son también los nuestros? Pero como Jesús no la rechazaba, sino que perdonó y bendijo a esta pecadora, hace lo mismo con nosotros. Fue para el mundo que vino Jesús. ¿Qué reacción verá Cristo en nosotros? Amén.